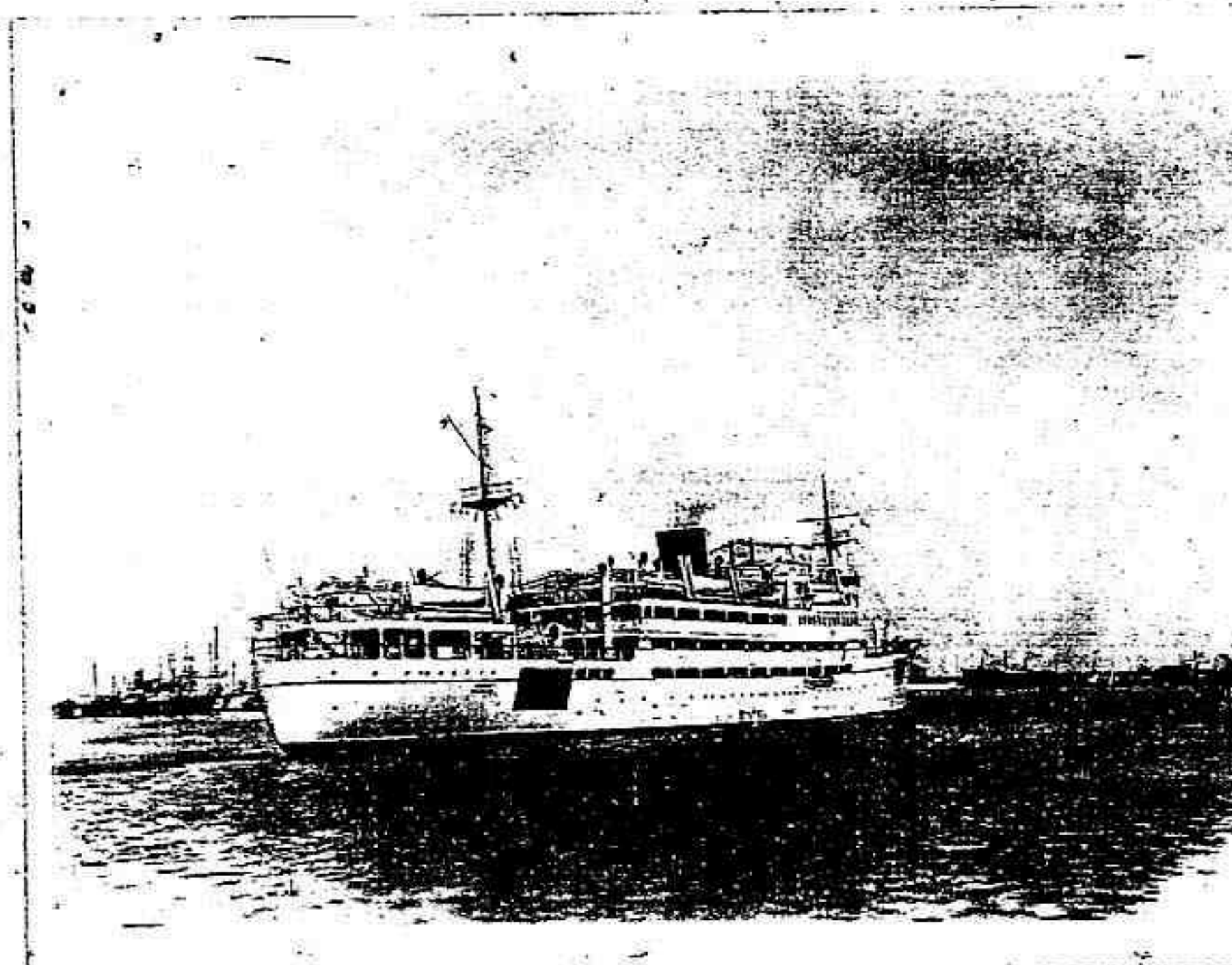


TAMBIEN LOS BARCOS MERCANTES TIENEN HISTORIA

EL DOMINE

Por Vicente Esteve Pons

A Luis Díez como
reconocimiento póstumo y
por ser uno de los que inspi-
raron esta breve y gran historia



El Dómine zarpando del Puerto de Valencia el 23 de Mayo de 1942
Nótese las banderas españolas en los costados del buque para
ser identificado por los submarinos y demás barcos de guerra

También los barcos mercantes tienen historia

EL DOMINE

Por Vicente Esteve Pons

Un acontecimiento imprevisto hizo que una noche acudiera al muelle de Levante de nuestro Puerto para una despedida. Hacía muchos años que no frecuentaba aquellos lugares que tantas veces sirvieron de puente para trasladarme a África.

Casi siempre lo hice en un barco que aún está en el recuerdo de muchos; el Domine, y volví a vivir esa noche sensaciones que creía ya olvidadas.

Pensé, que por algún rincón, olvidado, en donde papeles llenos de polvo se tiran sin volverlos a leer, debía de haber unas cuartillas que hacía tiempo había escrito en recuerdo de este barco.

Aquellas cuartillas decían y dicen, así:

No hace mucho he sabido que has rendido tu último viaje a Valencia. De haberlo sabido, hubiese acudido presuroso a darte mi adiós de viejo enamorado.

Es casi seguro que soy el pasajero que más ha vivido a tu bordo y considero un deber dedicarte unas líneas como homenaje.

Cuando yo era niño, ni por asomo suponía que pasaríamos juntos tantos momentos, buenos y malos. En las ocasiones que hacías la consabida escala en nuestro Puerto, éranos muchos los que íbamos a verte, pues tu presencia evocaba leyendas de extrañas aventuras y traías el olor de mares lejanos.

Pero Dios lo quiso, y el 23 de Mayo, de 1942, comencé contigo mi gran aventura que aún no ha acabado y volví de "allá abajo" contigo también la primera vez y muchas más.

Llevabas entonces de Capitan a Rafael Martínez, ya fallecido, y como estábamos en la Segunda Guerra Mundial íbamos separados de la costa y no vimos tierra hasta llegar a Accra, (Ghana), para repatriar a unos extranjeros. Evoqué allí a Noguchi, investigador japonés que llegó allí para estudiar la Fiebre Amarilla, y sucumbió a ella. Íbamos a entrar en el golfo de Biafra, en cuyos lugares "las flores que duran todo el año no tienen aroma, el sol no quema pero mata y los muertos no están contados". Calabar, (Nigeria), fue llamado durante mucho tiempo "La tumba del blanco".

Cuando volví, llevábamos el mismo Capitan, inspector después en Cádiz de la Compañía Trasmediterránea. Zarpanos el 31 de Diciembre, de 1943, la Nochevieja, y en ese viaje, al pasar por Gibraltar había mucha confusión en el aeropuerto gibraltareño, con todas las luces encendidas a pesar de la guerra. Desde la salida de Cádiz, dos destructores ingleses, una a cada banda del barco, nos acompañaban. No hubo forma de interpretar el telegrafo luminoso del que iba a babor, pues según el código internacional decía que navegaba el "atraa toda", llevando el mismo rumbo que nosotros. Entonces, el destructor de estribor nos cruzó por la proa describiendo sendas espirales y lanzando en cada una, una carga de profundidad a nuestra popa.

El destructor que iba a babor disparó delante de nosotros una ráfaga de ametralladora con balas trazadoras, (luminosas). Querían indicarnos que nos acercáramos a la costa africana, pues según supimos después, sospechaban que amparados en la estela nuestra, entraban en el Mediterráneo submarinos alemanes.

Todo esto me lo dijo después que hubo pasado todo, mi buen amigo el telegrafista Vicente Murgui, ya desaparecido, con quien compartí muchas guardias nocturnas.

Cuando nos dispararon delante de la proa, como era a latas horas de la noche, sólo estábamos en el bar, Perico Fuster, un chicarrón del Norte, Santaaulalia, ya fallecido, apodado "macaroná", (palabra de un dialecto playero de Río Muni y yo. De "barman" iba el conocido Román, (que junto con Gasparet) eran una institución en el

Dómine, que se metió debajo del nostrador. Los tres que íbamos asomados hicimos "cuerpo a tierra", si cabe esta expresión. Cuando se restableció la normalidad, el mencionado "macarona" le dijo al "barman": "¿Que, Román, es que tienes escondido algún cliente entre las botellas?". Recuerdo que Román una noche, en el barco "Poeta Arolas", atracado en el "pantalán" del puerto de Santa Isabel pescó con el mismo cebo una pareja de barracudas que estaban en celo. Pesaron 18 y 20 kilos respectivamente. La última vez que ví a Román iba de Mayordomo en el "Generalife".

En el referido "belicoso" viaje, llevaba Perico Fuster los restos mortales de una hija suya. Quien me iba a decir que dos años después, también en el Dómine, viajaríamos juntos, pero él en un "camarote" especial y con un doble traje de zinc y madera; embalsamado. Todos le augurábamos un fin trágico porque se había comprado una avioneta, pero acabó de la forma más inesperada al romperse una tabla del puente de un pequeño río que no llevaba siquiera un metro de agua. Al volcar el camión en el que iba, quedó atrapado en el fondo con la cabeza sumergida, y luego, el amigo Sandoval contaba como a su lado notó las convulsiones de su postrer agonía.

En mi primer viaje iba un Oficial, virtuoso del piano, que pasado un tiempo moriría en el "Montealegre" cuando cargado con troncos de madera fue torpedeado durante la Segunda Guerra. También en otro viaje iba de Oficial, excelente pianista, el hoy Capitan Echagüe, con quien luego cruzaría tantas veces el Ecuador en el "Río Francolí" y "Capitan Segarra", a la altura de la isla portuguesa de Santo Tomé, por delante del faro de Rolas, que a seis meses del mismo pasa el famoso paralelo.

También hice estos viajes interinsulares con el Capitan Mansito, quien una noche, mandando el Dómine, al poco tiempo de haber salido del puerto de Cádiz, irrumpió en el bar diciendo: "Han asesinado a Kennedy".

Compartí muchas veces la guardia en el puente con el Oficial Miguel Llabrés y sus temores por padecer úlcera de estómago y tener que hacer tantas singladuras sin escalas. Luego supe que había fallecido de otra dolencia.

Y aquel famoso viaje con el Capitan Gomila. Ya a la altura de las Bisagos, (Guinea Bisau), empezó el "baile". Cinco días con sus noches cargando agua por la proa. Durante ese viaje, un día me dijo: "Si sigue este tiempo, a la salida de Canarias tendremos que hacer proa a la mar; este barco es muy macho; de proa, todo lo que le echen, pero no le gusta que le toquen el culo".

Recuerdo con cariño al primer Maquinista Vicente Noguera, de cuya estirpe marinera sólo queda su sobrino Salvaoret, (luego he sabido que también falleció) y al conocido Mayordomo Jaime Orts, (Jaume).

Una noche asistí a un espectáculo desagradable. Dar sepultura en alta mar. A popa del Dómine y a las doce de la noche, parado el barco. el Capitan, el Capellán, el Médico, un marinero y yo como testigo de los pasajeros. El marinero sostenía sobre la borda el cuerpo de una niña envuelto con una lona y un peso como lastre. Una ceremonia corta, un responso, la señal de la Cruz torpemente esbozada y un chapoteo. Caída que no fue seguida del consabido "Hombre al agua", porque no hacía falta y porque el grito no hubiese llegado a la garganta, ahogado por el llanto.

En este viaje iba de Capitan Francisco Pérez Llorca, que aún vive en un pueblo marinero. Quizás cada mañana otee el horizonte azul que tantas veces surcó, o prefiera el amarillo de las playas, surcadas por exuberantes motivos de eterno afán.

Demasiados recuerdos para tan pocas líneas. ¿Quién no recuerda a David, insustituible camarero de los oficiales?, ¿y al erguido Navarro, Jefe de la Cámara de primera? ¿y a Pepe, de la segunda? ¿Y a la eficiente y simpática camarera Aurelia, fallecida de cáncer de matriz?

¿Y qué ha sido de la nutrida tripulación de Benidorm?. De ellos aprendí que en esa región llaman al Peñón de Ifach, "Gibraltar", así como aquel verso que evocan los pescadores de por allí cuando hay temporal, que dice:

Enfrente de Gata estoy
y tengo la vida en un hilo
no me esperes cabo Palos
Benidorm será conmigo

Siempre fuiste el barco preferido por los antiguos coloniales. Llevaste allá abajo mucha gente a quienes no pudiste traer a la Península, porque perdieron tu viaje de vuelta y el de otros barcos, pues quedaron allá para siempre.

Estás hecho para los mares del Sur, lo mismo que tu hermano gemelo el "Fernando Póo", que quedó hundido en Bata por un cañonazo del "Mahon", durante la Guerra Civil. Tienes un eficaz sistema de triples ventanas y un cómodo método de ventilación, muy generalizado hoy, con inyectores en el techo de forma esférica que se pueden dirigir según convenga. Una vez, un visitante socarrón, al ver el sistema de ventilación, dijo: "Este barco está muy bien, pero no comprendo por qué habrán puesto los ceniceros en el techo".

Los "novatos" te tenían miedo. "Tiene mucha obra muerta, decían, y un día dará un disgusto." Y pudo haber sido a la entrada del puerto de Barcelona. Al virar para entrar, la traicionera "mar corta" del Mare Nostrum, te escoró y no dió tiempo para que recobrases el equilibrio. Los instrumentos de a bordo registraron una inclinación de cuarenta y cinco grados.

Pero los antiguos coloniales te fuimos siempre fieles y no nos importaba comer de fiambre cuando la mar inundaba las cocinas.

Al vaivén, en las tumbonas de tus amplias cubiertas, he aprendido el extraño lenguaje de las olas y de las nubes y lo mismo que la célebre canción del Roque Nublo, de la isla de Gran Canaria, que tantas veces avistaste, a tu sombra yo he nacido a una nueva vida, a tu sombra yo he vivido y a tu sombra yo he amado.

En mi habitual visita antes de almorzar, al oficial de guardia, en el puente, un día se recibió un radiograma de Madrid notificando la situación de una mina a la deriva. Trasladados al Cuarto de Derrota y los consabidos cálculos, quedaba situado el artefacto en el Sahara. Pedida la oportuna rectificación, resultó que estaba en nuestra misma situación. El pasaje no lo supo hasta después; solamente se extrañaba de que el Capitan estuviese tres días sin bajar al comedor.

A veces, nos encontrábamos con un convoy de guerra y nos obligaban a desviar el rumbo durante varias horas. Desde luego, el telégrafo de a bordo no podía emitir después de salir de puerto y solamente se hacía uso de él en casos de emergencia.

Una noche tranquila, cuando apoyado en la borda contemplaba la Cruz del Sur, me susurraste al oído: "Yo te auparé para que seas un Icaro", pero mi caída no se debió al calor del velado sol tropical sino al fuego infernal de las pasiones humanas.

Si hubiese sabido que hacías tu último viaje que tocabas en Valencia, procedente de Ibiza, habría ido a verte y te habría recorrido con los ojos vendados. Hubiese ido al pasillo que conduce a los camarotes de los oficiales para comprobar si aún faltaba uno de los cristallitos de la claraboya multicolor que cubre el salón de música, desde cuyo hueco se divisaba el sofá por donde a veces escudriñaba a las parejas de enamorados, esperando en ellos elocuentes manifestaciones de ardiente

Un día, la Compañía te sancionará con la clásica sentencia de "Procede su desguace", pero yo, desde aquí, pido que por una sola vez se prescinda de formulismos y se cambie la palabra desguace por la de "descuartizamiento", como se hacía antiguamente con los mártires.

!No!, !No se lo digas a nadie!. Dicen, que las fuertes emociones se graban en los objetos circundantes y que algunas personas sensibles pueden apreciarlas. Si es así, los viejos mamparos de tus amplios camarotes son depositarios de parte de mi vida más íntima: Proyectos descabellados, castillos en el aire, ilusiones frustradas, esa carta que jamás llegará. Si alguien te pregunta, !No, !No se lo digas a nadie!, pues eso sólo son secretos que sabemos tú y yo. Pero quiero que sepas, que al contrario que el célebre Conquistador, de Zorrilla, quiero pisar el Cielo, pues llamé a la Tierra y los hombres no me oyeron.

Y hasta aquí la historia.

Yo había ido al Puerto de despedida, pero como el tiempo no pasa en balde, en contra de la costumbre, lo había hecho como espectador en vez de protagonista.

La despedida era para un ser que en dos ocasiones había estado a punto de seguir el camino de aquella niña que una noche fondeamos. La primera, antes de ver la luz y la segunda, volviendo en el Dómine. Y no solamente estaba viva, sino que había añadido dos eslabones a la cadena de nuestra sangre.

Recorrí con la vista cosas que me eran familiares: El reloj de la Aduana, los tinglados, etc. Imágenes que me hicieron evocar el principio y fin de tantos viajes y que agitaron en mí sensaciones que ya creía olvidadas.

Y todo aquello hizo cristalizar una imagen, y una sensación extraña me empujó a que me asomara al vacío de la noche. Y ví allí a "mi barco", con su mayestática figura y en la blancura de su casco las letras de su nombre y las dos banderas de España.

¿Estaba realmente allí o era la proyección de la imagen que llevaba clavada desde hacía tanto tiempo?

Pero además, ví rostros muy queridos, ya desaparecidos. Había tripulantes y pasajeros, algunos ya olvidados, que desfilaban ante mí. Unos me miraban y sonreían, otros estaban serios y en algunos advertí lágrimas.

¿Qué hacían allí?. ¿Acaso iban a emprender una última singladura hacia el infinito?. Y de repente sentí un escalofrío, pues yo había estado más de una vez en trance de formar ahora parte de aquel cortejo fantasmagórico.

Y grité, rasgando el silencio de la noche: "¿Adonde vais, espectros del pasado?". "¿Acaso en la inmensidad de los mares, en las ardientes y húmedas tierras del trópico o en el calor de unos enhiestos senos de ébano no encontrasteis lo que buscabais?".

Pero nadie me contestó. Sólo me respondieron las estrellas reflejadas en el agua que habían asistido indiferentes a aquel encantado encuentro.

Gran parte de ellos, forman una macabra sarta de huesos que blanquea el fondo del mar de la costa occidental de Africa. Héroes desconocidos y olvidados que han escrito gloriosas páginas para la Patria. Páginas que tú, España, ya no podrás leer, porque los cuervos te han sacado los ojos.

Nos retiramos en silencio. La noche era fría. Había frío en el rostro y en el corazón. Sobre el suelo mojado se reflejaban las luces del muelle.

Alguien me indicó que no pisara los charcos, pues había llovido.

Pero a mí ya no me engaña nadie. Aquellos charcos eran las lágrimas derramadas por los seres queridos en tantas y tantas despedidas; allí, en aquel mismo sitio. Y aún no se han secado.